

## GLOSA

En vano tu canto suena,  
Pues no advierte en su desdicha  
Que será el fin de tu dicha  
El principio de tu pena.

El loco orgullo refrena,  
De que tan ufano estás,  
Sin advertir cuando dás.

Cuenta al aire de tus bienes,  
Que si ahora dichas tienes,  
Presto celos llorarás.

En lo dulce de tu canto  
El justo temor te avisa  
Que en un amante no hay risa  
Que no se alterné con llanto.

No te desvanezca tanto  
El favor, que te hallarás  
Burlado, y conocerás

Cuanto es necio un confiado,  
Que si hoy blasonas de amado,  
Presto celos llorarás.

Advierte, que el mismo estado  
Que al amante venturoso  
Le constituye dichoso,  
Le amenaza desdichado;

Pues le da tan alto grado  
Por derribarle no más;  
Y así tú, que ahora estás

En tal altura, no ignores  
Que si hoy ostentas favores,  
Presto celos llorarás.

La gloria más levantada,  
Que amor á tu dicha ordena,  
Contéplala como agena,  
Y tenla como prestada.

No tu ambicion engañada  
Piense que eterno serás  
En las dichas, pues verás

Que hay áspid entre las flores,  
Y que si hoy cantas favores,  
Presto celos llorarás.

## ROMANCE

Si es causa amor productivo  
De diversidad de afectos,  
Que, con producirlos todos,  
Se perfecciona á sí mismo;  
Y si el uno de los más  
Naturales son los celos,  
¿Cómo sin tenerlos puede  
El amor estar perfecto?  
Son ellos, de que hay amor,  
El signo más manifiesto,  
Como la humedad del agua,  
Y como el humo del fuego.  
No son, que dicen, de amor  
Bastardos hijos groseros,  
Sino legítimos, claros  
Sucesores de su imperio.  
Son crédito y prueba suya,  
Pues sólo pueden dar ellos  
Auténticos testimonios  
De que es amor verdadero.  
Porque la fineza, que es  
De ordinario el tesoro  
Á quien remite las pagas,  
Amor, de sus libramientos,  
¿Cuántas veces, motivada  
De otros impulsos diversos,

Ejecuta por amor,  
Decretos del galanteo?  
¿El cariño cuántas veces,  
Por dulce entretenimiento,  
Fingiéndose quilates, crece  
La mitad del justo precio?  
¿Y cuántas más el discurso,  
Por ostentarse discreto,  
Acredita por amor  
Partos del entendimiento?  
¿Cuántas veces hemos visto  
Disfrazada en rendimientos  
Á la propia conveniencia,  
A la tema, ó al empeño?  
Sólo los celos ignoran  
Fábricas de fingimientos,  
Que como son locos, tienen  
Propiedad de verdaderos.  
Los gritos que ellos dan, son,  
Sin dictámen de su dueño,  
No hilaciones del discurso,  
Sino abortos del tormento.  
Como de razón carecen,  
Carecen del instrumento  
De fingir, que aquello sólo  
Es en lo irracional bueno.  
Desbocados ejercitan  
Contra sí el furor violento;  
Y no hay quien quiera en su daño  
Mentir, sino en su provecho.  
Del frenético que, fuera

De su natural acuerdo,  
Se despedaza, no hay quien  
Juzgue que finge el extremo.  
En prueba de esta verdad  
Mírense cuantos ejemplos  
En bibliotecas de siglos  
Guarda el archivo del tiempo.  
A Dido fingió el troyano,  
Mintió á Ariadna Teseo,  
Ofendió á Mínos Pasife,  
Y engañaba á Marte Venus.  
Semíramis mató á Nino,  
Elena deshonoró al Griego,  
Jason agravió á Medea  
Y dejó á Olimpia Vireno.  
Bersabé engañaba á Urías,  
Dalila al caudillo hebreo,  
Jael á Sisara horrible,  
Judit á Holoférnes fiero;  
Estos, y otros, que mostraban  
Tener amor, sin tenerlo;  
Todos fingieron amor,  
Más ninguno fingió celos.  
Porque aquel puede fingirse  
Con otro color, mas éstos  
Son la prueba del amor,  
Y la prueba de sí mismos.  
Si ellos no tienen más padre  
Que el amor, luego son ellos  
Sus más naturales hijos  
Y más legítimos dueños,

Las demas demostraciones,  
Por más que finas las vemos,  
Pueden no mirar á amor,  
Sino á otros varios respectos.  
Ellos solos se hán con él  
Como la causa y efecto;  
¿Hay celos? luego hay amor;  
¿Hay amor? luego habrá celos.  
De la fiebre ardiente suya  
Son el delirio más cierto,  
Que, como están sin sentido,  
Publican lo más secreto.  
El que no los siente amando,  
Del indicio más pequeño,  
En tranquilidad de tibio  
Goza bonanzas de necio.  
Que asegurarse en las dichas  
Solamente puede hacerlo  
La villana confianza  
Del propio merecimiento.  
Bien sé que tal vez furiosos  
Suelen pasar desatentos  
Á profanar de lo amado  
Osadamente el respeto.  
Más no es esto esencia suya,  
Sino un accidente anexo  
Que, tal vez, los acompaña,  
Y, tal vez, deja de hacerlo.  
Más doy que siempre, aún debiera  
El más soberano objeto,  
Por la prueba de lo fino,

Perdonarles lo grosero.  
Mas no es, vuelvo á repetir,  
Preciso que el pensamiento  
Pase á ofender del decoro  
Los sagrados privilegios.  
Para tener celos, basta  
Sólo el temor de tenerlos  
Que ya está sintiendo el daño,  
Quien está sintiendo el riesgo.  
Temer yo que haya quien quiera  
Festear á quien festejo,  
Aspirar á mi fortuna,  
Y solicitar mi empleo;  
No es ofender lo que adoro,  
Antes es un alto aprecio  
De pensar que deben todos  
Adorar lo que yo quiero.  
Y este es un dolor preciso,  
Por más que divino el dueño  
Asegure en confianzas,  
Prerogativas de exento.  
Decir, que este no es cuidado  
Que llegue á desasosiego,  
Podrá decirlo la boca,  
Más no comprobarlo el pecho;  
Persuadirme á que es lisonja  
Amar lo que yo apetezco,  
Aprobarme la eleccion,  
Y calificar mi empleo;  
A quien tal tiene á lisonja  
Nunca le falte este obsequio,

Que yo juzgo que aquí sólo  
Son duros los lisonjeros.  
Pues sólo fuera, á poder  
Contenerse estos afectos  
En la línea del aplauso,  
Ó en el coto del cortejo.  
Pero ¿quién con tal medida  
Les podrá tener el freno,  
Que no rompan desbocados  
El alacran del consejo?  
Y aunque ellos en sí no pasen  
El término de lo cuerdo,  
¿Quién los podrá persuadir  
A quien los mira con miedo?  
Aplaudir lo que yo estimo  
Bien puede ser sin intento  
Segundo, mas ¿quién podrá  
Tener mis temores quedos?  
Quien tiene enemigos, suelen  
Decir, que no tenga dueño,  
Pues ¿cómo ha de sosegarle  
El que los tiene tan ciertos?  
Quien en frontera enemiga  
Descuidado ocupa el lecho,  
Sólo parece que quiere,  
Ser del contrario, trofeo.  
Aunque inaccesible sea  
El blanco, si los flecheros  
Son muchos, ¿quién asegura  
Que alguno no tenga acierto?  
Quien se alienta á competirme

Aún en menores empeños,  
Es un dogal que compone  
Mis ahogos de su aliento.  
Pues¿ qué será, el que pretende  
Excederme los afectos,  
Mejorarme las finezas,  
Y aventajar los deseos?  
¿Quién puede usurpar mis dichas?  
¿Quién puede ganarme el premio?  
Y¿ quién en galas del alma,  
Quiere quedar más bien puesto?  
¿Quién para su exaltacion  
Procura mi abatimiento,  
Y quiere comprar sus glorias  
A costa de mis desprecios?  
¿Quién pretende, con los suyos,  
Deslucir mis sentimientos,  
Que en los desaires del alma  
Es el más sensible duelo?  
Al que este dolor no llega  
Al más reservado seno  
Del alma, apueste insensible  
Competencias con el hielo.  
La confianza ha de ser  
Con proporcionado medio,  
Que deje de ser molestia,  
Sin pasar á ser despego.  
El que es discreto, á quien ama  
Le ha de mostrar que el recelo  
Lo tiene en la voluntad,  
Y no en el entendimiento.

Un desconfiar de sí,  
Y un estar siempre temiendo  
Que podrá exceder al mío  
Cualquiera mérito ageno;  
Un temer, que la fortuna  
Podrá, con airado ceño,  
Despojarme, por indigno  
Del favor, que no merezco;  
No sólo no ofende, ántes  
Es el esmalte más bello  
Que á las joyas de lo fino  
Les puede dar lo discreto.  
Y aunque algo exceda la queja,  
Nunca queda mal, supuesto  
Que es gala, de lo sentido,  
Exceder de lo modesto.  
Lo atrevido en un celoso,  
Lo irracional, y lo terco,  
Prueba es de amor, que merece  
La beca de su colegio.  
Y aunque muestre que se ofende,  
Yo sé que, por allá dentro,  
No le pesa á la más alta  
De mirar tales extremos.  
La más airada deidad,  
Al celoso más grosero  
Le está aceptando servicios,  
Los que riñe atrevimientos.  
La que se queja oprimida  
Del natural más estrecho,  
Hace ostentacion de amada

El que parece lamento.  
De la triunfante hermosura  
Tiran el carro soberbio,  
El desdichado con quejas,  
Y el celoso con despechos.  
Uno de sus sacrificios  
Es este dolor acerbo,  
Y ella ambiciosa, no quiere  
Nunca tener uno ménos.  
Oh doctísimo Montoro!  
Asombro de nuestros tiempos,  
Injuria de los Virgilio,  
Afrenta de los Homeros:  
Cuando de amor prescindiste  
Este inseparable afecto,  
Precision que sólo pudo,  
Formarla tu entendimiento,  
Bien se ve que sólo fué  
La empresa de tus talentos  
El probar lo más difícil,  
No, persuadir á creerlo.  
Al modo de aquellos que  
Sútilmente defendieron  
Que de la nube los ampos  
Se visten de color negro.  
De su sutileza fué  
Airoso, galan empeño,  
Sofística bazarria  
De tu soberano ingenio,  
Probar lo que no es probable.  
Bien se ve que fué el intento

Tuyo ; porque lo evidente  
Probado se estaba ello.  
Acudiste al partido  
Que hallaste más indefenso,  
Y á la opinion desvalida,  
Ayudaste, caballero.  
Este fué tu fin ; y así,  
Debajo de este supuesto,  
No es esta, ni puede ser,  
Réplica de tu argumento,  
Sino sólo una obediencia  
Mandada de gusto ageno,  
Cuya insinuacion en mí  
Tiene fuerza de precepto.  
Confieso que de mejor  
Gana siguiera mi genio  
El extravagante rumbo  
De tu no hollado sendero  
Pero, sobre ser difícil,  
Inaccesible lo has hecho,  
Pues el mayor imposible  
Fuera ir en tu seguimiento.  
Rumbo que estrenan las alas  
De tu remontado vuelo,  
Aún determinado al daño,  
No lo intentará un despecho.  
La opinion que yo quería  
Seguir, seguiste primero ;  
Dísteme celos, y tuve  
La contraria con tenerlos.  
Con razon se reservó

Tanto asunto á tanto ingenio,  
Que á fuerzas sólo de Atlante  
Fía la esfera su peso.  
Ténla, pues que si consigues  
Persuadirla al universo,  
Colgará el género humano  
Sus cadenas en tu templo.  
No habrá quejosos de amor,  
Y en tus dulces prisioneros,  
Serán las cadenas oro,  
Y no dorados los yerros.  
Sera la sospecha inútil,  
Estará ocioso el recelo,  
Desterará el rindicio,  
Y perderá el sér el miedo.  
Todo será dicha, todo  
Felicidad y contento,  
Todo venturas; y, en fin,  
Pasará el mundo á ser cielo.  
Deberánle los mortales  
A tu valeroso esfuerzo,  
La más dulce libertad  
Del más duro cautiverio.  
Mucho te deberán todos,  
Y yo, más que todos, debo  
Las discretas instrucciones  
A las luces de tus versos.  
Dálos á la estampa, porque  
En caracteres eternos  
Viva tu nombre, y con él  
Se extienda al comun provecho.

## LIRAS

A estos peñascos rudos,  
Mudos testigos del dolor que siento,  
Que sólo, siendo mudos,  
Pudiera yo fiarles mi tormento,  
Si acaso de mis penas lo terrible  
No infunde lengua y voz en lo insensible;  
Quiero contar mis males,  
Si es que yo sé los males de que muero,  
Pues son mis penas tales,  
Que si contarlas, por alivio, quiero,  
Le son una con otra atropellada,  
Dogal á la garganta, al pecho espada  
No envidio dicha agena,  
Que el mal eterno que en mi pecho lidia  
Hace incapaz mi pena  
De que pueda tener tan alta envidia;  
Es tan mísero estado en él que peno,  
Que como dicha envidio el mal ageno.  
No pienso yo si hay glorias,  
Porque estoy de pensarlo tan distante,  
Que aún las dulces memorias  
De un pasado bien, tan ignorante  
Las mira de mi mal el desengaño,  
Que ignoro si fué bien, y sé que es daño.

Esténse allá en su esfera  
Los dichosos, que es cosa en mi sentido  
    Tan remota, tan fuera  
De mi imaginacion, que sólo mido,  
Entre lo que padecen los mortales,  
Lo que distan sus males de mis males.  
    ¡Quién tan dichosa fuera,  
Que de un agravio indigno se quejara!  
    ¡Quién un desden llorara!  
    ¡Quién un alto imposible pretendiera!  
    ¡Quién llegara, de ausencia, ó de mudanza,  
Casi á perder de vista la esperanza!  
    ¡Quién en ajenos brazos  
Viera á su dueño, y con dolor rabioso  
    Se arrancara á pedazos.  
Del pecho ardiente el corazon celoso!  
Pues fuera menor mal, que mis desvelos,  
El infierno insufrible de los celos.  
    Pues todos estos males  
Tienen consuelo, ó tienen esperanza,  
    Y los más son iguales,  
Solicitan, ó animan la venganza,  
Y sólo de mi fiero mal se aleja  
La esperanza, venganza, alivio y queja.  
    Porque ¿á quién, sino al cielo  
Que me robó mi dulce prenda amada,  
Podrá mi desconsuelo  
Dar sacrilega queja destemplada?  
Y él con sordas rectísimas orejas  
A cuenta de blasfemias pondrá quejas.  
    Ni Fabio fué grosero,

Ni ingrato, ni traidor, ántes amante,  
    Con pecho verdadero;  
Nadie fué más leal ni más constante,  
Nadie más fino supo, en sus acciones,  
Finezas añadir á obligaciones.  
    Sólo el cielo envidioso  
Mi esposo me quitó; la Parca dura,  
    Con ceño riguroso,  
Fué sólo autor de tanta desventura.  
    ¡Oh cielo riguroso! ¡Oh triste suerte,  
Que tantas muertes dás con una muerte!  
    ¡Ay dulce esposo amado!  
¿Para qué te ví yo? ¿Porque te quise,  
    Y porqué tu cuidado  
Me hizo con las venturas infelice?  
    ¡Oh dicha fementida, y lisonjera,  
Quién tus amargos fines conociera!  
    ¿Qué vida es esta mía,  
Que rebelde resiste á dolor tanto?  
    ¿Porqué necia porfía,  
Y en las amargas fuentes de mi llanto,  
Atenuada no acaba de extinguirse,  
Si no puede en mi fuego consumirse?



## ENDECHAS

Ahora, que conmigo  
Sola en este retrete,  
Por pena, ó por alivio,  
Permite amor que quede.

Ahora, pues, que hurtada  
Estoy, un rato breve,  
De la atencion de tantos  
Ojos impertinentes.

Salgan del pecho, salgan  
En lágrimas ardientes,  
Las represadas penas  
De mis ansias crueles.

Afuera ceremonias  
De atenciones corteses,  
Alivios afectados,  
Consuelos aparentes.

Salga el dolor de madre,  
Y rompa vuestras fuentes,  
Del raudal de mi llanto  
El rápido torrente.

En exhalados rayos  
Salgan, confusamente,  
Suspiros que me abrasen,  
Lágrimas que me aneguen.

Corran de sangre pura,  
Que mi corazon vierte,  
De mis perennes ojos  
Las dolorosas fuentes.

Dé voces mi dolor,  
Que empañen indecentes  
Estos espejos puros  
De la esfera celeste.

Publique con los gritos  
Que ya sufrir no puede,  
Del tormento inhumano  
Las cuerdas inclementes

Ceda al amor el juicio,  
Y con extremos muestre  
Que es sólo de mi pecho  
El duro presidente.

En fin, murió mi esposo;  
Pues, ¿ cómo indignamente,  
Yo la suya pronuncio,  
Sin pronunciar mi muerte?

¡ El sin vida! ¿ Y yo animo  
Este compuesto débil?

¿ Yo con voz, y él difunto?  
¿ Yo viva, cuando él muere?

No es posible; sin duda,  
Que con mi amor, aleve,  
Ó la pena me engaña,  
Ó la vida me miente!

Si él era mi alma y vida,  
¿ Cómo podrá creerse,  
Que sin alma me anime,  
Que sin vida me aliente?

¿ Quién conserva mi vida?  
¿ Ó de adónde le viene  
Aire con que respire  
Calor que la fomenta?

Sin duda que es mi amor,  
El que mi pecho enciende,  
Estas señas que en mí  
Parecen de viviente.

Y como en un madero  
Que abrasa el fuego ardiente,  
Nos parece que luce  
Lo mismo que padece;

Y cuando el vegetable  
Humor en él perece,  
Nos parece que vive,  
Y no es sino que muere;

Así, yo en las mortales  
Ansias que el alma siente,  
Me animo con las mismas  
Congojas de la muerte.

¡ Oh! de una vez acabe,  
Y no cobardemente,  
Por resistirme de una,  
Muera tantas veces!

¡ Oh! caiga sobre mí  
La esfera trasparente,  
Desplomados del polo  
Sus diamantinos ejes!

¡ Oh! el centro en sus cavernas  
Me preste oscuro albergue,  
Cubriendo mis desdichas  
La máquina terrestre!

¡ Oh! el mar entre sus ondas  
Sepultada me entregue,  
Por mísero alimento,  
A sus voraces peces!

¡ Niegue el sol á mis ojos  
Sus rayos refulgentes,  
Y el aire á mis suspiros  
El necesario ambiente!

¡ Cúbrame eterna noche,  
Y el siempre oscuro lete

Borre mi nombre infausto  
Del pecho de las gentes.

Mas ¡ ay de mí ! que todas  
Las criaturas crüeles  
Solicitan que viva,  
Porque gustan que pene!

Pues ¿ qué espero? mis propias  
Penas de mí vengan,  
Y á mi garganta sirvan  
De funestos cordeles;

Diciendo con mi ejemplo.  
Á quien mis penas viere :  
Aquí murió una vida,  
Porque un amor viviese

## ROMANCE

Finjamos que soy feliz,  
Triste pensamiento, un rato ;  
Quizá podreis persuadirme,  
Aunque yo sé lo contrario.  
Que, pues sólo en la aprension  
Dicen que estriban los daños ;  
Si os imagináis dichoso,  
No sereis tan desdichado.  
Sírvame el entendimiento  
Alguna vez de descanso,  
Y no siempre esté el ingenio  
Con el provecho encontrado.  
Todo el mundo es opiniones,  
De pareceres tan varios  
Que lo que el uno cree negro,  
El otro prueba que es blanco,  
Á unos sirve de atractivo,  
Lo que otro concibe enfado ;  
Y lo que éste por alivio,  
Aquel tiene por trabajo.  
El que está triste, censura,  
Al alegre, de liviano ;  
Y él que está alegre, se burla,  
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos  
Bien esta verdad probaron;  
Pues lo que en el uno risa  
Causaba en el otro llanto.  
Célebre su opocision  
Ha sido, por siglos tantos,  
Sin que cual acertó esté  
Hasta ahora averiguado.  
Antes en sus dos banderas,  
El mundo todo alistado,  
Conforme el humor le dicta  
Sigue cada cual el bando.  
Uno dice que de risa  
Sólo es digno el mundo vario;  
Y otro, que sus infortunios  
Son sólo para llerados.  
Para todo se halla prueba  
Y razon en que fundarlo;  
Y no hay razon para nada,  
De haber razon para tanto.  
Todos son iguales jueces,  
Y siendo iguales, y varios,  
No hay quien pueda decidir  
Cual es lo más acertado.  
Pues si no hay quien lo sentencie,  
¿Porqué pensais vos, errado,  
Que os cometió Dios á vos  
La decision de los casos?  
¿Ó porqué, contra vos mismo,  
Severamente inhumano,  
Entre lo amargo y lo dulce,

Quereis elegir lo amargo?  
Si es mio mi entendimiento,  
¿Porqué siempre he de encontrarlo,  
Tan torpe para el alivio,  
Tan agudo para el daño?  
El discurso es un acero,  
Que sirve por ambos cabos,  
De dar muerte por la punta,  
Por el pomo, de resguardo.  
Si vos, sabiendo el peligro,  
Quereis por la punta usarlo,  
¿Qué culpa tiene el acero  
Del mal uso de la mano?  
No es saber saber hacer  
Discursos fútiles, vanos;  
Que el saber consiste sólo  
En elegir lo más sano.  
Especcular las desdichas,  
Y examinar los presagios  
Sólo sirve de que el mal  
Crezca con anticiparlo.  
En los trabajos futuros,  
La atencion sutalizando,  
Más formidable que el riesgo,  
Suele fingir el amago.  
¡Qué feliz es la ignorancia,  
Del que, indoctamente sabio,  
Halla de lo que padece  
En lo que ignora, sagrado!  
No siempre suben seguros  
Vuelos del ingenio osados,

Que buscan trono en el fuego,  
Y hallan sepulcro en el llanto.  
Tambien es vicio el saber,  
Que si no se vá atajando,  
Cuanto ménos se conoce,  
Es más nocivo el estrago.  
Y si el vuelo no le abaten,  
En sutilezas cebado,  
Por cuidar de lo curioso,  
Olvida lo necesario.  
Si culta mano no impide  
Crecer al árbol copado,  
Quitan la sustancia al fruto  
La locura de los ramos.  
Si andar á nave ligera  
No estorba lastre pesado,  
Sirve el vuelo de que sea  
El precipicio más alto.  
En amenidad inútil,  
¿Qué importa al florido campo,  
Sino halla fruto el Otoño,  
Que ostente flores el Mayo?  
¿De qué le sirve al ingenio  
El producir muchos partos,  
Si á la multitud se sigue  
El malogro de abortarlos?  
Y á esta desdicha, por fuerza,  
Ha de seguirle el fracaso,  
De quedar el que produce,  
Sinó muerto, lastimado.  
El ingenio es como el fuego.

Que con la materia ingrato,  
Tanto la consume más,  
Cuanto él se ostenta más claro.  
Es de su propio señor  
Tan rebelado vasallo,  
Que convierte en sus ofensas  
Las armas de su resguardo.  
Este pésimo ejercicio,  
Este duro afan pesado,  
A los hijos de los hombres  
Dió Dios, para ejercitarlos.  
¿Qué loca ambicion nos lleva,  
De nosotros olvidados ;  
Si es para vivir tan poco,  
De qué sirve saber tanto ?  
¡ Oh ! ; si como hay de saber,  
Hubiera algún seminario,  
Ó escuela, donde á ignorar  
Se enseñáran los trabajos !  
¿ Qué felizmente viviera,  
El que flojamente cauto  
Burlara las amenazas  
Del influjo de los astros !  
Aprendamos á ignorar,  
Pensamientos, pues hallamos  
Que cuanto añado al discurso,  
Tanto le usurpo á los años.